

pródigo a la tierra envía
un átomo de su aliento.

Átomo de esencia tal
y de tan rica fragancia,
que siendo nueva sustancia
y nuevo gérmen vital,
á su contacto fecundo
hierve la tierra, y parece
que se agita y se estremece
loco de placer el mundo.

La ciencia aquí, voto á briós,
gritará que esto es quimera;
pero diga lo que quiera
la altiva ciencia de Dios,
yo pregunto: ¿Quién potente
mueve del mundo la bola?
¿Quién enciende y arrebola
la clara lumbre de Oriente?
¿Quién á la nube que ondea,
con visos de rosa inflama?
¿Quién da al sol la eterna llama

con que á las cumbres orea?
¿Quién de los montes desata
la densa y pesada bruma,
y entre vellones de espuma
destrenza arroyos de plata?
¿Quién con alta potestad,
y con vigor soberano,
ya refrena al Oceano,
ya azota á la tempestad?
¿Quién, en fin, da movimiento
á cuanto en el mundo cabe,
y anima la flor, el ave,
el fuego, la mar y el viento?
Dios, cuyo excelso poder
en todas partes se ostenta,
y á cuyo aliento fermenta
lo que ha sido y puede ser.
Dios, que con nieve encanece
la sien del risco sombrío,
y acallando el són del rio
entre hielos le adormece.

Dios, que en olas de frialdad
envuelve á la noche umbría,
y saca la luz del día
de la densa oscuridad.

Así, cuando se desprende
la esencia de Dios creadora
con la luz consoladora
que en el sol de Mayo enciende,
vírgen aspirando amores
despierta la tierra ufana,
y gozosa se engalana
con rico manto de flores.

Entonces en curso leve,
y en corrientes desiguales,
baja deshecha en cristales
y en globos de luz la nieve.

Y en incesante rodar,
como el mundo en el vacío,
corre la nieve á ser río,
y el río corre á ser mar.

Y entonces es cuando osada

rompe el águila las brumas,
y va agitando sus plumas
por la atmósfera azulada.

Y es cuando fresca la flor
vierte al aire su tesoro,
y es cuando con pico de oro
canta alegre el ruiseñor.

Y entonces es cuando enhiesta
alza su copa la encina,
y hay más luz en la colina,
y hay más sombra en la floresta.

Y entonces es cuando en pos
de un bien que no tiene nombre,
se eleva el alma del hombre
á confundirse con Dios.

Pues con amor singular,
divino, tierno y suave,
da vida á la flor, al ave,
al fuego, al viento y al mar.

.
.

Y basta de luz, de rayo,
de sol, de luna y de estrella;
sobra con decir que es bella
la estacion del mes de Mayo.

II.

Orillas del Manzanares,
soto de *Santiago el Verde*,
sitios hoy tan olvidados
como en otro tiempo alegres.
Alamos de la ribera,
dulces aguas transparentes,
que no adormeceis el gusto
con el rumor de otras veces;
decid á vuestras memorias

que á nueva vida despierten,
y las historias que guardan
en manso arrullo nos cuenten.
Referidnos algun lance
de aquellas bizarras gentes,
que el primer dia de Mayo,
de Mayo, rey de los meses,
risueñas y alborozadas
en són de fiesta campestre,
poblaban la fresca márgen,
poblaban el llano agreste,
y al compás de los albogues,
de vihuelas y rabeles,
cantaban en grato coro
y en soñoliento motete:

*Este, madre, es Santiago,
Santiago el Verde;
doncella sin amores
no venga á verle.*

Mas ¡ay! ¡que en vano os recuerdo!
tiempos que pasan no vuelven;
y lo que ayer os dió pompa
despojo es hoy de la muerte.
No espereis, ondas sonoras,
ni espereis, ricos vergeles,
ser espejos de hermosuras
ni reclamos de valientes.
Aquellas caras de rosas,
afrenta de los claveles,
no es fácil que en los cristales
de esas aguas reverberen.
Pasaron aquellos días
tan ansiados cuanto breves,
de la juventud encanto,
de la ancianidad deleite.
Ya no hay tapadas que os busquen,
ni galanes que os frecuenten,
ni carrozas que se atasquen
al pasar junto á la puente;
ni corros de bailadoras,

ni riñas de matasietes,
ni rufianes que os aturdan,
ni tiendas de mercaderes;
ni muchachas que se pierdan,
ni mozos que las encuentren;
ni, en fin, quien diga cantando
con festivo sonsonete:

*Éste, madre, es Santiago,
Santiago el Verde;
quien bajó sin amores
con ellos vuelve.*

*Las dueñas se santiguan
cuando aquí vienen;
¿quién las diera tornarse
de quince á veinte?*

*Madrecita del alma,
calla y no reces,
que allí baja el mancebo
que á mi me quiere.*

*Flores que no le he dado
del jubon prende;*

*¿quién le habrá dado, madre,
tal ramillete?*

*Con una moza baila
de ojos celestes;
vámonos, madre, al punto,
no quiero verle.*

*¡Ay! mal haya Santiago,
Santiago el Verde;
¡sin celos bajó el alma,
con celos vuelve!*

III.

El primer día de Mayo
de un año en muertes famoso,
al pié de un álamo negro,
y algo apartados de un corro,

Ana la de Leganitos
y Pedro Recio el Ganchoso,
ella una piña de plata,
y él como un pino de oro,
pausadamente se hablaban
dándose mútuos enojos.
Ana escuchaba riendo
sus reniegos y sus votos,
y Pedro viendo sus risas
alzaba el gallo más fosco.
—¡Ana!... no me afufes, Ana,
murmuraba Pedro ronco;
¡mira que dentro del pecho
me está punzando el demonio!
¿No me perjuraste anoche
que no bajabas al soto?
¿Por qué en el soto te miro
tan acabada de adornos?
Rizado y florido el pelo,
¡toquilla de gasa al rostro!
¡tú trocada en arandela

para ensanchar tus contornos!
¡Tú con justillo de raso,
con arracadas de á fólio,
con basquiñas enfaldadas
y con zapatillos cortos!....
Por la vida de mi madre,
Ana, que no te conozco;
¡ayer con parda albanega,
y hoy con tantos perifollos!
¿Qué quieren decir, mi vida,
estos trueques portentosos?
El santiagués que te sigue,
aquel del lagarto rojo,
¿te ha mandado que te enrubies
para gala de sus ojos?
—¡Pedro!.... no me afufes, Pedro,
Ana dijo con mal tono:
mira que son tus palabras
afrenta de mi decoro.
Tambien tú digiste anoche
que no bajabas al soto,

y hoy en el soto te encuentro
más apuesto que un Medoro.
Sombrero de lazos llevas
con faldas á lo rumboso;
cuellos de Flandes caidos
son en tu pecho despojos,
y ese jubon y esas calzas
hoy te convierten en godo.
¡Tú con colete de ante!
¡con daga de plata el pomo!
¡tú con vihuela en las manos
y presumiendo de Apolo!
¡Por la vida de mi padre,
Pedro, que no te conozco!....
¡En traje ayer de cristiano
y hoy con ribetes de moro!
¿Qué quieren decir, mi vida,
esos trueques portentosos?
La dama aquella del Prado,
del Prado de San Jerónimo,
¿te quiere á lo barbilindo

para gala de sus ojos?

—Yo no afronto á tal tarasca.

—Ni yo al santiagués afronto.

—¿Qué me importa á mí su pompa?

—¿Ni á mí su cruz ni su todo?

—Por tí he bajado á Santiago.

—¿He bajado yo por otro?

—¡Si tú eres, Ana, mi gloria!

—¡Y tú, Pedro, mi tesoro!

—Pues pelos al mar, y hablemos
de otro asunto.

—Pues di pronto.

—Héme hallado á la Cardoncha,
la nieta de Juan el Chozno.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me ha dicho

que una carroza con toldo
hoy se ha parado á tu puerta,
siendo cebo de chismosos.

—¿Y que más dijo?

—Ha contado

que una dama de alto bordo
ha entrado á hablar á tu padre
de parte del Rey Católico.

¿Es verdad?

—No te ha mentido.

—¿Y qué es ello?

—¡Eres curioso!

—¿No quieres que me sorprenda
todo un mensaje del trono?

—Pues á fe que has de saberlo,
que el asunto es harto honroso.

—Pues cuenta.

—Ya sabes, Pedro,

que es costumbre entre nosotros
celebrar la Cruz de Mayo
con festejos y jolgorios.

—¿Pues no quieres que lo sepa?

¿No he de saberlo, pimpollo?

¡Si en la cruz de Leganitos
me cautivaron tus ojos!....

¿Cuándo ha visto Madrid Maya

de más brio y requilorios
que la que el año pasado
fué de la córte el asombro?....

—¡Calla, Pedro, y no me adules,
que juro que me abochorno!....

—Callo y perdona, mi vida,
que hablo así porque te adoro.

—Pues bien; del triunfo de entonces,
sin duda el rey noticioso,
cruz en palacio dispone
que cause á la córte gozo.

—¿Y á tí te elige por Maya?

—Con privilegio notorio
de ser reina de la fiesta,
con cetro, corona y sòlio.

—¿Y acepta tu padre?

—Acepta.

—¡Vive Dios!.... ¡Tu padre es tonto!....

¿Pues no mete á su cordera
en una jauría de lobos?

—Pedro, ¿tornas á los celos?

—¿Pues no he de estar de retorno,
si el santiagués que te sigue
debe causar este embrollo?

—¿Y qué importa que lo cause?

¿Me ha de comer ese mozo?

—Ana, otro mar es la corte,
mar empedrado de escollos.

¡Á gran naufragio se expone
quien va á ese mar sin piloto!

No vayas, Ana, á palacio.

—¿Qué dices, Pedro?.... ¿Estás loco?

Mi padre dió su palabra,
y negarme fuera impropio.

—Pues yo mando que no vayas.

—¿Qué es mandar?.... ¿Eres mi esposo?

—No lo seré si tal haces.

—¡Pues busca otra novia, bobo!....

Quedóse mudo á esta frase

Pedro, con el gesto torvo;

y al són de las castañuelas

Ana se entró por un corro,
á tiempo que las muchachas
cantaban en dulce coro:

“Madre, en *Santiago el Verde*
me dejó el novio;
encontré un confiado,
se fué un celoso.

Cantarillo de Lope
canto con gozo;
¡Quien ama no haga fieros!....
digo lo propio.”

IV.

A poco llegó á aquel sitio
un tropel de mozalbetes
luciendo el oro y la seda
desde la planta á las sienas.

Gallardos como unas flores,
y cual gallardos alegres,
dieron nueva vida al soto,
soto de *Santiago el Verde*.

El más apuesto y más hombre
causaba delicia el verle,
aunque era largo de manos
y de lengua algo insolente.

Llevaba un sombrero oscuro
con cintillo y con caireles;
pluma blanca derribada
del aire eterno juguete;

jubon de raso con perlas,
anchos gregüescos con pliegues,

botas bordadas de plata,
espuelas de oro lucientes,

espada sujeta al cinto,
y un capotillo muy leve,

en uno de cuyos lados
como un ramo de claveles,

la roja cruz de Santiago

se dejaba ver á veces.
Era de mirar altivo,
y era tal su continente,
que su apostura y sus ojos
estaban diciendo siempre;
á los bravos, — “¿quién me tose?” —
y á las niñas, — “¿quién me quiere?” —
Hijo de una ilustre casa,
algo deudo de los reyes,
poderoso como un Crespo,
audaz entre los valientes,
muy tirador de las negras,
muy caballista y jinete,
era el tal mozo el Tenorio,
el coco de las mujeres,
el terror de los amantes
y el rey de los matasietes.
Entróse al punto en el corro
diciendo: ¡viva quien puede!
y apartando al que bailaba
se puso de Anilla enfrente.—

—¿Qué quereis? preguntó Ana
en tono de quien se ofende.
Y dijo el mozo:—Lucero,
¿qué he de querer sino verte?....
Harto sabes que te busco,
y hartó sabes que me tienes
cautivo en los bellós ojos
que en tu cara resplandecen.
—Buscad con quien divertiros,
Ana dijo en tono agreste,
que no soy yo de esas damas
de lechuguilla y copete,
que tales requiebros sufren
y tales burlas consienten.
—¿No quieres bailar conmigo?
Pues vive Dios que me hieres,
y que tus frases me queman
y me abrasan tus desdenes.
—No está la fuente muy léjos;
id, caballero, á la fuente,
que las aguas cristalinas

acaso su fuego templen.

—No será sin que al partirme
la miel de tus labios pruebe,
que abeja soy que entre flores
busca cosecha de mieles.—

Y añadiendo á las palabras
la ejecucion harto breve,
en los labios de la niña
estampó un beso crugiente.

Presenció el lance el Ganchoso,
y airado como una sierpe,
por el corro alborotado
se entró derramando hieles.

Ana se lanzó á su lado
en guisa de contenerle;
sacó el santiagués la espada
preveyendo un accidente:
sonó el choque del acero,
dieron gritos las mujeres,
acudió al punto á estos gritos
un enjambre de corchetes,

y en medio de aquella lluvia
de tajos y de reveses,
al ¡ténganse á la justicia!
entre reniegos y pesies,
rompió el aire un alarido
triste, seco y estridente,
que dijo:— “¡Dios me perdone!
¡muerto soy; cielos, valedme!”

Cuando de vuelta del soto
tornaron luégo las gentes,
cantaban tristes las mozas
al són de los panderetes:

A un caballero, madre,
galan y alegre,
por besar á una niña
le han dado muerte.

Se quemó en unos ojos,
picó en claveles;
la abeja cuando pica
dicen que muere.

Mala tarde le ha dado

Santiago el Verde:

bajó mozo y con vida;

¡sin ella vuelve!

V.

¡Fiesta de la Cruz de Mayo!

¡Noches de la Cruz amenas!

quien ni escritas os conoce,

no sabe lo que son fiestas.

Por todas partes brillaban

luminarias y candelas,

siendo un incendio abreviado

de España la córte entera

Cada plaza era un asombro,

un jardín cada plazuela,

las casas grutas floridas,
las calles frondosas selvas.
Cada portal ostentaba
una cruz de ramos hecha
bordada de minutisas,
de jazmines y verbenas.
Fabricados mil altares
con cortinajes de seda,
entre ricos pabellones
brillaba la santa enseña,
ante la cual volteaban
arañas llenas de cera,
reliquias de plata y oro
con lazos de lentejuelas;
y titilando sus luces
como racimos de estrellas,
cada altar era un incendio
y cada cruz una hoguera.
Ante tales altarillos
las muchachas más apuestas,
al són de los panderetes

y al compás de las vihuelas,
cantaban y bailaban
de gozo llenas:

Del Señor Jesucristo
la Cruz es ésta,
que la hallaron los ojos
de Santa Elena.

Divina Cruz del cielo,
glorioso emblema,
tus brazos me den vida
cuando yo muera.

¿Qué mucho que en aquel tiempo
de tanta fe y de fe ciega,
á visitar los altares
Madrid entero acudiera?
Cierto que era para todos
aquello miel sobre hojuelas,
pues con pretexto fingido
de cumplir con la conciencia,
iban á la cruz los mozos

por bailar con las doncellas ;
éstas por hallar amantes ,
por gulumear las viejas ;
los rufianes y gaiteros
por tentar las faldriqueras ;
las tapadas por galanes ,
los galanes por pendencias ,
los corchetes por dinero ,
los escribas por querellas ;
y, en fin, hombres y mujeres ,
mozos , ancianos y dueñas ,
de aquí para allá bullian
con su razon y su cuenta ,
dando que hacer á los ojos ,
á las manos y á las lenguas .
Para mayor incentivo ,
y dar más lustre á la fiesta ,
en cada cruz presidia ,
con privilegios de reina ,
la mejor moza del barrio ,
la más honrada y discreta .

Con sobrenombre de Maya,
Flora de tal primavera,
desde un alto taburete
bordado de ricas sedas,
con presunciones de mando
y con visos de alcaldesa,
ordenaba y escogía
para bailar las parejas;
ahogaba toda disputa,
mataba toda querella,
y á su poder absoluto
sin apelacion ni réplica,
prestaba el concurso alegre
la más formal obediencia,
rindiendo en ello homenaje
á la ley de la belleza.
En torno, pues, de aquel astro,
vistosísimos planetas,
las demás niñas del barrio
luciendo flores y trenzas,
al són de los panderetes

y al compás de las vihuelas,
cantaban y bailaban
de gozo llenas :

Galanes de la villa
que á la cruz llegan ;
digan si han visto Maya,
Maya cual ésta.

Ojos de cielo tiene,
boca de perlas ;
palidita es su cara
cual la azucena.

Cuello tiene de cisne,
cintura estrecha,
como mimbre que al aire
se balancea.

Galanes de la villa,
vengan á verla:
¡ Dichoso aquel amante
que su amor tenga !

¡Noches de la Cruz de Mayo!
¡Noches de la Cruz amenas!....
¿Qué ha sido de tanta gala?
¿Qué ha sido de tanta fiesta?
Niñas de caras de rosa,
hoy requeridas apenas,
¡quién os diera que esas noches
para vosotras volvieran!

VI.

¡Noche de la Cruz de Mayo!
En esa festiva noche,
en palacio el rey se hallaba
circundado de su córte.
Las damas muy bien prendidas,

muy bien vestidos los hombres,
eran el vivo remedo
de un ramillete de flores.
Los pajes en la escalera
estaban puestos en orden,
ostentando mil adornos
á la luz de sus hachones;
y á las puertas de palacio
con armoniosos acordes,
una música poblaba
el aire de alegres sones.
La estancia en que el rey yacia
llena estaba de primores,
y en el centro se ostentaba
un gran dosel con festones.
Bajo sus anchas cortinas
brillaba una cruz de bronce,
cuyos brazos despedían
un raudal de resplandores.
Todo el espacio era aroma,
luz y gala los salones;

y en compasado murmullo
y en animado desórden,
sonaban por todas partes
risas, suspiros y voces,
entrecortados requiebros
y agudas exclamaciones.
¿Qué extraño que esto ocurriera,
si entre concurso tan noble,
como en certámen de ingenio
y en són de improvisaciones,
sus galas allí lucian
alcanzando alto renombre,
con sus sátiras Quevedo,
con su galanura Lope,
Alarcon con sus sentencias,
Montalvan con sus sermones,
y con sus chistes sangrientos
de Villamediana el conde?
Conversando el rey se hallaba
con tan ilustres varones,
cuando al pié de la escalera

se apagó el rumor de un coche.
Un curioso movimiento
se agitó en todos entonces,
y á la escalera salieron
damas y gentiles hombres.
Quevedo sacó sus lentes
como el que á ver se dispone;
Alarcon estiró el cuello
como un galápago enorme;
el señor Villamediana
galan se atusó el bigote,
y el rey salió hasta la puerta
gallardeando su porte,
cuando oyó gritar á un paje:
—Plaza á la Maya, señores.—
Penetró en la sala Anilla
vistiendo negros crespones,
y al verla Góngora dijo
con delicioso trasporte:
—*Sale la estrella de Vénus
al tiempo que el sol se pone.*—

Tomóla el rey de la mano
para hacerla los honores;
sentóla en su silla de oro,
rindió á sus piés el estoque,
y en tono de vasallaje
la dirigió estas razones:
—En tus manos de jazmines
el rey su cetro depone,
que por tu mucha hermosura
regir debieras el orbe.
Breve es, niña, tu reinado,
mas lo breve no te importe,
que se ha de hacer mientras dure
todo cuanto te acomode.
Y en prueba de ello, permite
que el rey á tus piés se postre,
y de tu imperio absoluto
primer vasallo se nombre.—
Y doblando las rodillas
besó su mano de florés,
y al punto hicieron lo mismo

príncipes, duques y condes.
Después de tal besamanos,
de su asiento Anilla alzóse,
y profirió estas palabras
con asombro de la corte:
—Todo reinado comienza
entre gracias y perdones;
yo, esclava de tal costumbre,
quiero que un perdón se otorgue.
Há poco en *Santiago el Verde*
que un hombre mató á otro hombre;
hoy el matador espera
que la justicia lo ahorque.
Mató con razón y celos,
celos y razón le abonen:
quede libre, pues merece
en vez de castigo honores.—

Alzóse un sordo murmullo
contra tales conclusiones;
y el rey, entre afable y sério,

esto dijo en són de informe :

—Niña, la justicia tiene
la ley del cielo por norte ;
rey que su fallo no acata ,
contra el mismo Dios se opone ,
que en la frente de los jueces
su cetro divino rompe.

El matador es villano ,
era el muerto grande y noble ;
su padre llora su muerte
y pide justicia á voces.

¿Quién habrá que se la niegue
siendo justos sus clamores?

—Señor, réplícole Anilla ,
vuestra majestad perdone
de que en esta causa extraña
por el matador abogue.

Los jueces ántes que jueces
han nacido, señor, hombres ;
la ley divina en sus manos,
ó se tuerce ó se corrompe.

Cuando la tuercen lisonjas
ó promesas de favores,
bien es que su desagravio
el rey á su cargo tome.

A vos, señor, han llegado
muy torcidos los informes,
que yo sé que el muerto era
mal guardador de atenciones.

En la boca de una niña,
audaz, insolente y torpe,
puso sus labios profanos
con mengua de sus blasones.

Vió el desacato su novio,
y cara á cara matóle,
que á noble sube el villano
si á villano baja el noble.

La ley del honor es una
en el campo y en la córte;
quien venga su honor altivo,
llena su deber de hombre.

Si ese padre llora al muerto,

justo es, señor, que lo llore ;
mas no merece su llanto
quien fué de su honor azote.

Mayor compasion merece
una madre anciana y pobre,
que entre duelos y congojas
á tragos la muerte sorbe.

En un rincon de su casa
su angustia la madre esconde,
que un *ay* dolorido lanza
á cada pregon que oye.

Sangre derraman sus ojos,
sangre por su rostro corre,
que el hijo de sus entrañas
la muerte aguarda en prisiones.

¿Y qué diré de la novia
causa de tales horrores?

Sin color en las mejillas,
vistiendo negros crespones,
ante el rey de España pide
la vida de sus amores.

Señor, matarle es matarme;
ved lo que haceis esta noche,
si no quereis que de reina
mis privilegios invoque.
Vuestro cetro está en mi mano;
respeto este cetro impone:
¿Quién negándole obediencia
manchará sus resplandores?

Calló Anilla: el rey turbado
miró á los grandes entonces,
como pidiendo un consejo
con la justicia conforme.
Guardó silencio el concurso,
turbada calló la córte;
y sólo Quevedo dijo
cuchicheando con Lope....
—¡ Si yo fuera el rey ahora,
por Dios que asombrara al orbe!
—¿ Qué hicierais? dijo el monarca
que sorprendió estas razones.

—¿Quereis mi opinion?

—La quiero.

—Pues dígola y no se enoje.

Por la boca de esa niña

han hablado los doctores;

la ley es vara que mide

por igual á todo zote,

llámese el zote Don Bueso,

ó llámese Juan Bodoque.

Si al noble mató el villano,

válganle los *Pater noster*

del que le plazca rezarle

para que Dios le perdone.

En cuanto al novio, es muy justo,

pues mató, que se le ahorque:

mas muera ahorcado en los brazos

de esa linda Maritornes.

Quien se casa, ¿no se ahorca?

Pues que le casen al trote,

y viva en cárcel perpétua

temiendo que le encorocen.

Así cumple el rey con todo,
cumple cual monarca y noble;
que no es bien que en esta chica
usos antiguos derogue.

Y además la Cruz de Cristo
presencia estas discusiones,
y fuera gran desacato
desairar á quien nos oye.

No es noche de luto aquesta,
que es de jolgorio esta noche;
ya que la Cruz se celebra,
celebrese con perdones,
que así el rey á Dios imita,
pues en ella salvó al hombre.

Calló Quevedo: el monarca
hácia la Maya tornóse,
y tendiéndola su mano
la dijo afable:—No llores;
será tu amor condenado
á que muera en tus prisiones.—

Ana cayó de rodillas ,
rompió en aplauso la córte ,
y en recuerdo de este caso
compuso estas coplas Lope.

CONCLUSION.

I.

Galanes de la villa ,
mozos valientes ,
que bajais á Santiago,
Santiago el Verde ;
respetad el recato
de las mujeres ,
que el que no las respeta

la vida pierde.

Fueros y privilegios

ya no os defienden,

que el rey de las Españas

con razon quiere,

que en su gran monarquía

sean sus leyes

escudo contra el pobre,

terror del fuerte.

II.

Muchachas de la villa,

niñas alegres,

que bajais á Santiago,

Santiago el Verde;

tejed ricas guirnaldas
para las sienes
de la Maya donosa
de ojos celestes,
que en la corte de España
logró valiente
libertar á su amante
de fiera muerte.
Hoy en su blanco seno
tranquilo duerme;
y al compás del arrullo
con que le mece,
dice á veces risueña,
llorosa á veces:
—Que viva el rey de España
justo y clemente,
que á las niñas que lloran
su amor las vuelve.

LA EJECUCION DE UN VALIDO.

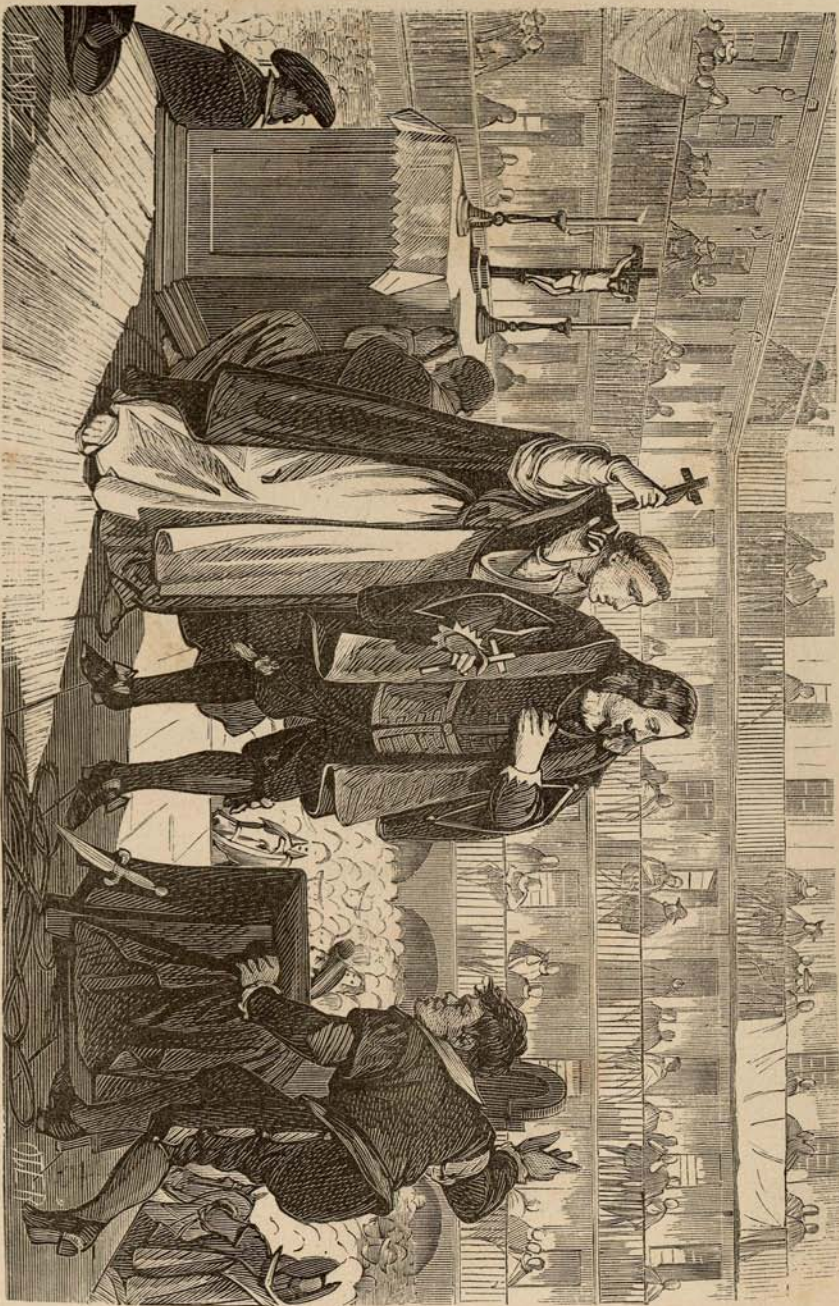


1621.

. hasta la plaza se desquitó de su
soberbia; pues quien siempre la despejaba para la
muerte de un toro, aquel día la llenó de gente
para que viese la suya.

QUEVEDO.—Anales de quince días.





LA EJECUCION DE UN VALIDO.

LA MUERTE DE UN VALIDO.

I.

En una casa-palacio
honrada de cien blasones,
blasones que denunciaban
ser la morada de un prócer,
más que á mediados de Octubre
(mártes era, y por la noche),
entró un fraile carmelita
á punto de dar las doce.
Atravesó lentamente
un zaguan ancho y disforme;

saludáronle á su paso
diez alguaciles de córte
y algunos cuantos soldados
armados hasta el cogote;
subió una corta escalera,
atravesó dos salones,
y empujando una mampara
forrada de seda doble,
entró en una estancia breve,
en la cual se hallaba un hombre.
Era un hombre de gran talla,
de airoso y gallardo porte,
de gesto altivo y severo,
de edad entre viejo y jóven.
Vestido todo de oscuro,
con el cabello en desórden,
la faz entre las dos manos,
grave, silencioso, inmóvil,
hundidas ambas rodillas
en dos grandes almohadones,
rezaba al pié de la Virgen

llamada de los Dolores.

Al sentir sonar la puerta,

y al ver penetrar á un monje,

se alzó del reclinatorio

como herido de un resorte.

—Buenas noches, dijo el fraile;

y él contestó:—¡Buenas noches!

Miráronse frente á frente

los dos interlocutores,

más mudos y más sombríos

que dos estatuas de bronce.

Y era tan grave el silencio

que á tales frases siguióse,

que de los dos se sentían

las breves respiraciones.

—¿Qué quereis? dijo el que oraba:

y el fraile, sumiso y dócil,

le contestó cariñoso

con balbucientes razones:—

—Vengo á servirlos humilde

del padre Pedrosa en nombre,

que por hallarse algo enfermo
salir el doctor prohibiéndole.

—¿Y á média noche os envía?

—Cumpro, señor, con su orden;
si he venido á importunaros,
le ruego que me perdone.

—¿Importunar?... ¡no por cierto!

¿No os dió más explicaciones?

—Sí tal; me dijo:—“Rogadle
que á su suerte se conforme,
y que á Dios vuelva los ojos,
pues que así Dios lo dispone.”

—¿Eso os dijo?

—Eso me dijo.

—¿Estoy, pues, perdido entonces?

—Sí, perdido para el mundo,
mas no para el Dios que os oye.

—¿Estais seguro?

—Seguro,

que así se dice en la córte,

y así la plebe afanosa

lo va pregonando á voces.

—¿Y para cuándo mi muerte
mis enemigos disponen?....

Hablad, que no tengo miedo;
aunque es justo que me asombre.

—Vuestro paso á mejor vida
será el jueves á las once.

—¿Aquí en palacio?

—En la plaza.

—¡Igual que á los malhechores!

¿Quieren matarme lo mismo?

—No señor, como á los nobles;
que os degollará el verdugo
con espada ó con mandoble.

—Está bien ¡poco me resta
que vivir!.... ¡Esto recoge
quien siembra en tierra de ingratos
beneficios y favores!

—¿Por qué recordar el mundo?

Dejad las reconvenciones:
rogad, señor, como Cristo

rogó por sus matadores.

—Eso haré, padre, á su tiempo;

mas dejad que os interrogue

acerca de cuanto dicen

necios ó murmuradores.

¿Qué causa dan á mi muerte?

¿Qué delitos me suponen?....

¿Me escarnece el mundo entero?

¿No hay quién sienta mis dolores?

—Cuando la justicia falla,

señor, ya no hay opiniones.

—¿Danme, pues, por delincuente?

—Sí, de delitos atroces.

—¿Cuáles son?

—¿A qué nombrarlos?

ya lo hablarán los pregones;

que irá el verdugo diciendo

lo que vuestra causa arroje.

—Pues bien, mentirá el verdugo

en todo aquello que entone;

siendo enemigos mis jueces,

¿cómo serán sus razones?
Y torciéndose irritado
sus levantados bigotes,
dió tres ó cuatro paseos
y al cabo de ellos sentóse.
Tambien el buen carmelita
tomó otro asiento de roble,
y callado y compasivo
murmuró unas oraciones.
Al cabo de un cuarto de hora
de nuevo el hidalgo alzóse,
y arrodillándose humilde
á los piés del sacerdote,
díjole :—Habladme del cielo,
pues me abandonan los hombres,
que yo los perdono á todos
para que Dios me perdone.—
Alzóse el fraile á estas frases
con delicioso trasporte,
y levantando las manos
como Moisés en el monte,

dijo mirando á los cielos
de Dios invocando el nombre :
— “Amparadlo en su desdicha ,
Padre de los pecadores.” —

II.

Y una vez así los dos ,
cobró el hidalgo la calma ,
y dejó hablar á su alma
como en presencia de Dios.
— ¡Grande pecador he sido !
murmuró todo humillado :
Al cielo Titan he osado ,
y Dios hasta aquí me ha hundido.
— Sol de justicia y verdad
es quien la vida os descuenta.

—Duélome que con afrenta
castigue mi vanidad.

—¿Por qué disteis al olvido
la ley con que ha demostrado
que si ensalza al humillado
abate al desvanecido?

Ahora mismo, esa razon
que tanto os duele y apena,
¿no me dice que aun os llena
la soberbia el corazon?

—¡Ay, padre! que no es por mí
por quien mi afrenta lamento;
mas si por mí no la siento,
lo que es por mis hijos, sí.

—Dios es fuente de piedad
aun en su mismo castigo;
mas ya es hora Don Rodrigo
de olvidar la vanidad.

—Razon teneis en conciencia;
mas dejad que á Dios apele,
porque soy padre, y me duele

el daño de la inocencia.

—Cuando en pecados prolijos
buscasteis poder y honor,
¿por qué olvidasteis, señor,
el amor de vuestros hijos?

Hoy la conciencia os remuerde
y haceis de ese afecto alarde;
mas quien en Dios piensa tarde,
ya veis que todo lo pierde.

—¡Decís bien, teneis razon!....

¡fatal y horrible es la herencia
que deja á su descendencia
Don Rodrigo Calderon!....

—Desquite el cielo reclama
castigándoos de tal suerte.

—Padre, no siento la muerte,
que lo que siento es la fama.

Cuando registren mi historia
escrita sin datos fijos,

¿qué dirán mis pobres hijos?

¡cuánto odarán mi memoria!....

—¿Odiaros, señor?... No tal:

herencia es ésta también,

porque enseña á vivir bien

el que llega á morir mal.

Dios, que al pecador humilla,

de todo cuida por suerte:

¿quién veló tras de su muerte

por los hijos de Avililla?

Con inaudita crueldad

vuestra mano le mató;

mas de sus hijos cuidó

Dios, que es todo caridad.

—No habéis, padre, de ese arcano,

que juro de Dios en nombre,

que en la sangre de ese hombre

jamás se tiñó mi mano.

No fui yo quien por recelo

su perdición decretó;

de lo que entonces pasó

sabe la verdad el cielo,

—El mundo os hace el agravio

de daros por matador.

—Alguien hay que sin honor
sella en este asunto el labio.

Si matar deja al que fiel
entonces le hizo un servicio,
en el supremo juicio
será su pena cruel.

—En el tribunal potente
en que el Eterno preside,
al encubridor se mide
lo mismo que al delincuente.

—No reza en esta ocasion
ley tan tremenda conmigo,
que sólo allí fué testigo

Don Rodrigo Calderon.

Si cumplió con un deber
que hoy condena la apariencia,
el que dictó la sentencia
á Dios sabrá responder.

—¿Pues por qué no hablais, señor,
para no veros así?....

—Dios, que está dentro de mí,
sabe que hago lo mejor.

—Pienso que vais muy errado,
que eso el daño no corrige.

—¿Qué quereis, padre? Esto exige
de mí la razon de Estado.

Fiera y tremenda razon,
que me lleva al precipicio;
pero acepto mi suplicio
de otra falta en expiacion.

—¿Es la muerte de Juara
que á vuestra sombra hizo suerte?

¡Cuentan que le disteis muerte
para que no os denunciara!

—¿De qué?

—De un delito fiero
que ni el labio á decir osa:
¿quién asesinó á la esposa
del rey Felipe Tercero?

—¡Cómo!

—Dicen que él os dió

unos parches con veneno,

y aplicados á su seno

al tercer dia murió.

—Calumnia infame, pardiez,

clamó el valido con ira.

De tan villana mentira

apelo al Supremo juez.

—Da el crimen por verdadero

vuestra amistad con Juara,

que el mundo le echaba en cara

que era infame y hechicero.

—¡Ah, padre! no es eso, no;

es que el vulgo con insidia,

se hace el eco de la envidia

que mi pérdida juró.

¿Cabe en humana creencia,

estando la ciencia al medio,

que se aplicára un remedio

desconocido á la ciencia?

¿No se saben los enojos

que con mi favor la dí?

¿Ignora el mundo que fui
mal mirado de sus ojos?
¿Pues cómo es fácil creer,
de un ódio tan singular,
que ella pudiera aceptar
lo que no llegué á ofrecer?
Si Dios á sí la llamó
á tres dias de parida,
¿por qué achacar á mi vida
culpa que no cometió?
¿Cómo tan viles patrañas
el rey llegó á alimentar?
¿Cómo no mandó estudiar
de la reina las entrañas?
¡Maldiga Dios los amaños
con que hasta del rey se abusa!
¿Por qué de esto se me acusa
al cabo de tantos años?
¿Dónde las pruebas están
de ese crimen en abono?
Jueces que obran por encono,

cuenta á los cielos darán.

En ellos sin remision

tendrá su pena el precito;

padre, mi único delito

es que he tenido ambicion.

Que de la nada salí,

que la privanza escalé,

que á los grandes eclipsé,

que pobre me enriquecí.

Que dado á la ostentacion

me desvaneció mi altura;

¡y harto paga tal locura

Don Rodrigo Calderon!

Si alguna vez del poder

llegué á abusar, no fué tanto

que hoy justifique el quebranto

en que he venido á caer.

Víctima de la malicia,

soy Don Álvaro segundo;

¡quizás al dejar el mundo,

el mundo me hará justicia!

Hoy nada pido ni espero;
sólo pido al confesor,
que á la esposa de mi amor
diga que inocente muero.
Que ante mis males prolijos
sepa este ejemplo tomar,
para que enseñe á apartar
de tal camino á mis hijos.
Tremenda es la tentacion
que nos convida al poder,
mas que les haga aprender
de mi muerte la leccion:
que tengan en mi caida
fijos los dolientes ojos,
pues les dejo en mis despojos
experiencias de la vida.
Y ya que mi confesion
os he dicho reverente,
padre, echad sobre mi frente
vuestra santa bendicion.

Como Dios desde su trono,
tendió el confesor la mano,
y dijo:—Inclínate, hermano,
yo te absuelvo y te perdono.
Acata con sumision
el juicio de Dios profundo:
cada pecado del mundo
necesita una expiacion.
Tu muerte, á la vanidad
un sello de horror imprime.
¡Dichoso aquel que redime
un vicio á la humanidad!

Y despues de una oracion
que duró un breve momento,
quedó solo en su aposento
Don Rodrigo Calderon.

III.

Á dos dias de esta escena
(un jueves por la mañana),
la muchedumbre curiosa
plazas y calles llenaba.
De un terror harto profundo
daba muestras toda cara,
toda voz sonaba á miedo,
miedo era toda mirada.
Todo balcon parecia
un cuadro vivo de ánimas;
no se diga de las rejas,
ni hay que hablar de las ventanas.
La Plaza Mayor, ¡qué espanto!
era mar alborotada,

y las calles confluyentes
arroyos de carne humana.

En medio, escueto y sombrío,
tremendo como un fantasma,
un alto y ancho tablado
solitario descollaba.

En el centro se veía
sola una silla enlutada,
y al lado, un ancho cuchillo,
cuerdas, y un paño de grana.

Al pié de un altar cercano,
con las frentes inclinadas,
seis carmelitas descalzos
el *Miserere* cantaban.

Y en medio de aquellos rezos
que encomendaban á un alma,
la grosera muchedumbre,
en són de fiesta y de zambra,
llena de viva impaciencia
y en gigantes oleadas,
ya á los portales huía,

ya hasta el cadalso llegaba.
Gritaban los vendedores
ofreciendo frutas y agua;
los ciegos con sus saetas
todo el espacio atronaban;
retozaban los chiquillos,
murmuraban las beatas,
requebraban los galanes,
suspiraban las muchachas;
y en medio de tanta gresca,
de tal vida y bulla tanta,
de vez en cuando, dolientes
por el aire resbalaban,
ya el *ay* de un agonizante,
ya el eco de una campana.

—¡Bien empieza este reinado!....

dijo á un soldado un garnacha.

—¿Por qué?

—Ya no habrá validos
que abusen de su privanza;
rey que empieza en tal justicia,

¿su rectitud no declara?

—Así parece: ya es tiempo
de que haya rey en España
que con mano dura enfrene
los vicios que nos trabajan.

—¿Era privado ese hombre?

—¡Vaya una pregunta rara!....

¿De dónde vuesarced sale
que tanto ignora?

—De Italia:

allí he estado mucho tiempo,
y allí no se sabe nada
de lo que pasa en la córte
ni de las gentes que mandan.

—Pues por Dios que he de contarle
de esta ejecucion la causa.

—Por Cristo que lo agradezco,
que estoy de este asunto en bábia.

—Escuchad, pues: este hombre
que hoy tan triste fin aguarda,
ha sido un fiero tirano

y un ambicioso de marca.
Nació de padres humildes,
segun las gentes relatan;
mas siendo mozo y soberbio,
con mengua de su prosapia,
al mundo se dió por hijo
bastardo del duque de Alba.
—¡Voto á Dios, que en ese rasgo
ya su soberbia declara!
¡Negar su fe de bautismo
por darse más lustre y fama!....
¡Voto á Cribas, que á su madre
no ha honrado como Dios manda!
—¡Ahí vereis!.... por estos medios
y otros muchos que se callan,
entró en la casa de Lerma
cuando el de Lerma privaba.
De su poder amparado,
y ayudado de sus trazas,
dominó al fin en la córte,
y á tal llegaron sus mañas,

que por miedo de sus iras
ni aun el rey le puso á raya.
Poder, honores, hacienda,
todo lo usurpó al monarca,
y al cabo mató á la reina
porque la reina le odiaba.
Amigo de un hechicero,
llamado Francisco Juara,
quitó vidas á su antojo,
mató á aquél que le estorbaba;
y llegó en esto á un extremo
tan sin límites ni vallas,
que por si dijo ó no dijo,
de no sé qué, unas palabras,
á un alguacil de esta córte,
que Avililla se llamaba,
de un coche contra la rueda
le dió garrote con saña.
Á los grandes, ¡no se diga
si echó roncás y bravatas!
Hablen por mí el almirante

de Aragon y Camarasa;
que al uno por hechicero,
y al otro por otras tramas,
los persiguió con tal furia,
los maltrató con tal rabia,
que para salvar sus vidas
de su enojo amenazadas,
de secreto y con astucia
se huyeron á tierra extraña.
Muerto el rey, que de Dios goza
y que allá su gloria alcanza;
cansado el cielo, sin duda,
de estas sangrientas hazañas;
rey el buen Felipe Cuarto
(¡Dios le conserve en su gracia!),
ganoso de hacer justicia
y haciéndola entrar en caja,
hoy con tan duro castigo
solemnemente declara,
que al comenzar su reinado
el de la injusticia acaba.

—Voto al cielo que me alegro
de resolucion tan alta,
pues con eso el rey nos prueba
que tiene alientos y agallas.

—¡Callad, que el pobre ministro
penetra ya por la plaza,
y entre frailes y alguaciles
su altiva frente levanta!
¡Cuántas veces aquí mismo
la córte admiró su gala,
y aplaudió su bazarria
en esto de romper cañas!

—Vamos, si gustais, más cerca,
que quiero verle la cara

Y corriendo los dos hombres
hácia el cortejo que entraba,
llegaron á duras penas
del cadalso hasta las gradas.
Entre sesenta alguaciles,
llevando en alto sus varas,

con campanillas delante
y un pregonero sin capa;
montado en mula de paso,
con caperuza enlutada,
cuello escarolado y limpio
como en sus días de gala,
desenrizado el cabello
flotando sobre la espalda,
la cruz de Cristo en las manos
y en el Cristo las miradas,
asi penetró el valido
por entre las mudas masas,
las palabras repitiendo
del confesor con voz clara.
Al verle pasar las gentes
contrito y sin arrogancia,
dando ejemplo de cristiano
en ocasion tan amarga,
unos de angustia gemian,
otros derramaban lágrimas,
y todos—“¡Dios te perdone!”

al verle pasar gritaban.

Luégo que llegó al cadalso,

subió sereno la escala,

y murmuró al carmelita

que del brazo le ayudaba :

—Carrera ha sido de triunfo

esta carrera tan larga ,

que al pasar he visto al pueblo

dolerse de mi desgracia.

—¿Á qué cuidaros del mundo?

replicó el fraile en voz baja :

pensad tan sólo en el cielo ,

pensad tan sólo en el alma.

—¿Por qué quitan de esa silla

la bayeta que la tapa?

preguntó airado al verdugo

doliéndose de esta infamia.

Y el verdugo sorprendido

dijo despues de una pausa :

—¡ Es órden del rey !

Y él dijo :

—¿Esto es justicia ó venganza?

El confesor tristemente
murmuró algunas palabras,
y él repuso en són airado:

—Padre, he perdido la calma,
al ver que mis enemigos
aun me niegan mi mortaja.

—Morir bien es lo que importa,
hijo; ve que el cielo aguarda.

No replicó Don Rodrigo;
mas mostrando la garganta,
sentóse y dijo al verdugo:

—Haz, pues, tu oficio y despacha.—

Á poco de este suceso
un grito sonó en la plaza,
y al par murmuró el concurso:

—¡Muere en paz! ¡que Dios te valga!

IV.

Despues de traspuesto el sol,
envuelto en un mal capuz,
sin otra luz que la luz
de un macilento farol,
por cuatro frailes llevado,
merced al conde de Luna,
el que irritó á la fortuna
al Cármen fué trasladado.
Allí la comunidad
tierra en su claustro le dió,
que si sepulcro encontró,
lo debió á la caridad.
Y como en otra privanza
cayó el rey, aun se malicia
si fué tal muerte justicia
ó fué tan sólo venganza.



MUERTE DE VILLAMEDIANA.

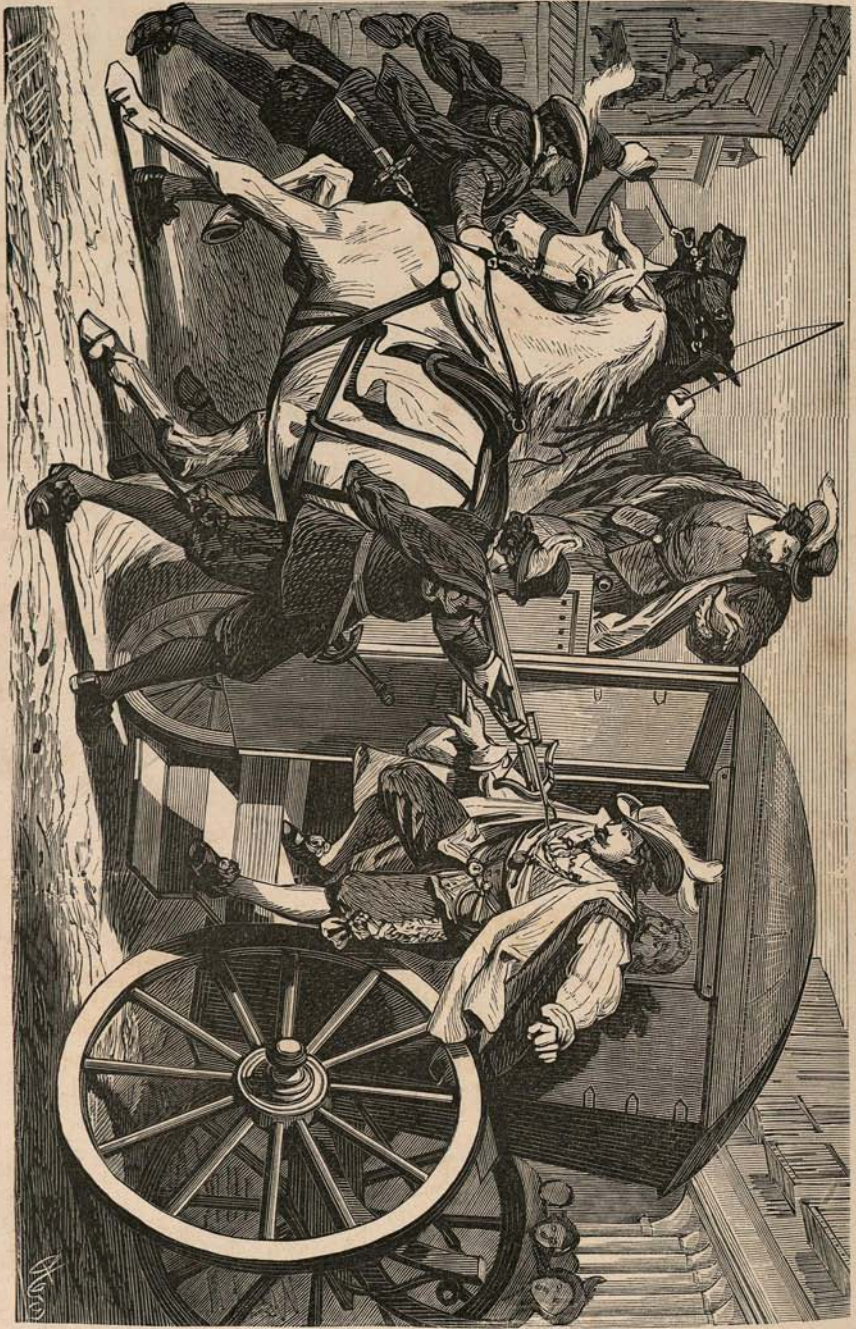


1622.

La justicia hizo diligencias para averiguar lo que otro hizo á falta suya; dando lugar á que fuese exceso lo que pudo ser sentencia.

QUEVEDO.—Anales de quince dias.

MUERTE DE VILLAMEDIANA.



MUERTE DE VILLAMEDIANA.

CARTA DE ADAN DE LA PARRA

Á D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

Allá va buen Don Francisco,
en prosa ramplona y llana,
la nueva que esta mañana
ha levantado gran cisco.
Hoy San Felipe es aprisco
mudo de espanto y pavor,
pues es tan grande el terror
que ha entrado en el *Mentidero*,
que ni acude un embustero
ni asoma un murmurador.

La causa de esta medrana
que á todo hablador convierte,
es que ayer han dado muerte
al señor Villamediana.

Dícese que fué villana
la mano que le mató;
mas si fué villana ó no,
Dios lo sabe y el que fué,
pues sospechando el por qué,
calla el que su muerte vió.

Yo, queriendo en puridad
dar cebo á vuestros *Anales*,
he logrado nuevas tales
que dejan ver la verdad.
Péselas vuestra bondad,
mídalas vuestro juicio,
y hallareis quizá el indicio
que dió á este asunto ocasion,
porque nunca la ambicion
se acuerda del precipicio.

Ya sabeis que era Don Juan
dado al juego y los placeres;
amábanle las mujeres
por discreto y por galan:
valiente como un Roldan,
y más mordaz que valiente,
hincó en el de Lerma el diente,
y de él habló tan sin merma,
que le desterró el de Lerma
por audaz y maldiciente.

Largo tiempo, á lo que infiero,
léjos de Madrid vivió;
mas tornó cuando murió
el rey Felipe Tercero:
Dióle al reinar su heredero
desquite de sus pesares;
pues los que fueron lunares
que deslustraban su historia,
fueron luégo ejecutoria
para el conde de Olivares.

Por su influjo protector,
ó por influjo del hado,
fué al cabo el conde nombrado
del rey correo mayor.
Ufano con tal honor,
segundo en el valimiento,
con tan altivo ardimiento
vistió plumas, lució galas,
que alguien las tomó por alas
con que sé explayó en el viento.

Más pulido que Medoro,
y en el vestir sin segundo,
causaban asombro al mundo
sus trajes bordados de oro.
Y era tanto su decoro
cuando con el rey salia,
que el vulgo absorto decia
contemplando su persona,
que el dueño de la corona
su vasallo parecia.

Muy diestro en rejonear,
muy amigo de reñir,
muy ganoso de servir,
muy desprendido en el dar;
tal fama llegó á alcanzar
en toda la córte entera,
que no hubo dentro ni fuera
grande que le contrastara,
mujer que no le adorara,
hombre que no le temiera.

Para mayor ufanía
y aumento de sus loores,
eran vates y pintores
su ordinaria compañía:
con todos ellos partía
su valimiento y caudal;
y fué su fortuna tal
de la córte en el vaiven,
que todos hablaban bien
del que habló de todos mal.

No le sirvió la lección
que dió á la humana flaqueza,
ni el desastre de Franqueza,
ni el trance de Calderon:
Acaso la presuncion
cególe tan importuna,
que no vió, sin duda alguna,
que á quien vive de tal suerte,
estos ejemplos advierte
lo vário de la fortuna.

Nada le llegó á decir
el buen Góngora al cantar,
*Arroyo, ¿en qué ha de parar
tanto anhelar y subir?*
Soberbio Guadalquivir,
quiso su curso extender;
y tanto osó pretender,
y á tanto, en fin, se atrevió,
que al mar eterno llegó
para nunca más volver.

Por no causaros sonrojos,
no os diré qué pretendia;
mas harto el vulgo advertia
sus soberanos antojos.
Fijó en el cielo los ojos
y á la luz del sol miró;
mas necio no recordó
que, por osar á lo mismo,
Ícaro rodó al abismo
cuando á la luz se acercó.

En vano con loco intento
favor pidió al Buen Retiro;
tras uno y otro suspiro
su amor se estrelló en el viento:
hay quien dice que violento
á tanto su amor llegó,
que activo fuego prendió
al teatro á que asistia
la dama por quien vivia,
la dama por quien murió.

Que el corral ardió á retazos,
es harto sabido á fe;
mas os juro que no sé
si la salvó entre sus brazos.
Por prenderla en tales lazos
dicen que forjó este exceso;
y hay quien añade sin seso
que de un desmayo al sopor,
aspiró el conde traidor
á los regalos de un beso.

Esto la plebe asegura,
aunque yo no lo aseguro:
que en trance de tal apuro,
¿quién presenció su ventura?
Tal y como se murmura,
doy yo la murmuracion:
mas téngola en mi opinion
por cosa falsa y de cuento,
que hoy se forja todo invento
por disculpar la agresion.

Si el beso fué realidad,
yo á asegurarlo no acierto,
que pienso que Dios y el muerto
saben solos la verdad.

Si la sacra majestad
sospechó del caso luégo,
tampoco á afirmarlo llego,
aunque dicen que se sabe
que el rey le miraba grave
desde la noche del fuego.

Algo debió comprender
el conde de este rigor;
que en unas coplas de amor
así nos lo da á entender.

Coplas son á una mujer,
coplas llenas de intencion,
en que llama á su pasion,
quizá esperando la herida,

*Menosprecio de la vida
y luz de la estimacion.*

¿Leyó el rey este papel
que á todo recelo avisa?
¿Sospechó que Francelisa
fuera la reina Isabel?....
Que se hicieron copias de él,
se tiene por verdadero:
que rodó en el *Mentidero*,
lo confiesa todo labio:
¿Qué mucho que á tal agravio
siguiera un castigo fiero?

¿Hubo acaso entre la grey
palaciega y cortesana,
quien puso á Villamediana
bajo las iras del rey?....
Muchas veces á igual ley,
á igual castigo, á igual pena,
airado el cielo condena
al que al prójimo deshonra,
creyendo aumentar su honra
porque escarnece la ajena.

Si alguien el rayo encendió,
en verdad que no fué en vano,
pues fué certera la mano
que airada lo fulminó.
Cuando el mundo el caso vió,
calló con harta pericia,
pues sospechó su malicia
que en acto de tal violencia,
fué secreta la sentencia
y pública la justicia.

Escuchad cómo ocurrió
el fiero y tremendo alarde;
que fué la muerte ayer tarde
y he sido testigo yo.
En coche el conde llegó
con su amigo Luis de Haro,
á un sitio en que sin reparo,
ni recato de las gentes,
le atajaron dos valientes
con nunca visto descaro.

Uno el coche refrenó;
y otro asaltando el estribo,
con acento claro y vivo
por el conde preguntó:
—Yo soy, Don Juan respondió,
sin recelar un acecho;
y una vez que satisfecho
quedó el bravo á tal respuesta,
disparóle una ballesta
que le rompió todo el pecho

Valiente intentó salir
el conde lanzando fieros:
el portal de pellejeros
le vió bajar y morir.
Le quiso el de Haro acudir
saltando airado detrás;
pero perdiendo el compás
oprimióse el conde el pecho,
y murmurando,—*Esto es hecho*,—
espiró sin decir más.

Con arrojo peregrino,
pues era en lides experto,
dejó Don Luis al muerto
por seguir al asesino:
Alguien con igual destino
detrás del de Haro echó;
mas cuando al cabo le halló
é iba á arrojarse sobre él,
más pálido que un papel,
mudo la espalda volvió.

Cuando con sobra de espacio
comenzó el juez á indagar,
despues que logró dejar
á Don Juan en su palacio,
silencio guardó reacio
su amigo, y dejó entender
que por su mucho correr
al matador no alcanzo,
y que aunque cerca le vió
no le pudo conocer.

Prudencia ó miedo quizás,
encuentro al llegar aquí;
yo al matador conocí
yendo muy mucho detrás:
mozo dado á Barrabás
de la palaciana grey,
él fué quien cumplió la ley
que dictó un alto deseo:
se llama Alonso Mateo,
y es balletero del rey.

Esta prueba, ¿no declara
todo cuanto llevo escrito?....
En vano tras del delito
el rey esconde la cara.
Y por si usarced dudara
quién fué el autor de esta lid,
de esos versos inferid
cómo su nombre propalan
los vates que le señalan
á la opinion de Madrid.

DE GONGORA.

Aquí yace, aunque á su costa,
un mónstruo en decir y hacer;
Por la *posta* vino á ser,
y se acabó por la *posta*.
Puerta en el pecho no angosta
le labró hierro fatal.
Pasajero, en caso tal
que da *luz* con su vaiven,
poco importa *correr bien*
quien vino á parar tan mal.

Mentidero de Madrid,
decidnos, ¿quién mató al conde?
Ni se sabe, ni *se esconde*,
sin discurso discurrid:
Dicen que matólo el Cid
por ser el conde *lozano*;

¡Disparate chabacano!
Lo cierto del caso ha sido,
que el matador fué *Vellido*
y el impulso *soberano*.

DE LOPE.

Aquí con hado fatal
yace un poeta gentil:
murió casi juvenil,
por ser tanto *juvenal*.
Un tosco y fiero puñal
de su edad desfloró el fruto:
rindió al acero tributo;
pero no es la vez primera
que se haya visto que muera
César al poder de Bruto.

DE MIRADEMESCUA.

Ayer fui conde, hoy soy nada;
fui profeta, y ví en mis días
cumplidas mis profecías,
mi verdad autorizada.
De algun villano la espada
cortó la flor de mi edad;
y Madrid con su piedad
me tiene canonizado,
pues dicen que me han quitado
la vida por la verdad.

DE VÉLEZ DE GUEVARA.

Aquí yacen los despojos
de un discreto *mal regido*,
cuya muerte han prevenido

propios y ajenos antojos.

Émulos fueron sus ojos;

y tú, caminante, advierte

quien causó tan dura suerte;

Y si lloras compasivo,

llora más que al muerto, al vivo,

el imperio de su muerte.

DEL CONDE DE SALDAÑA.

Aquí yace quien tan mal

usó del saber, y quien

en su vida alcanzó el bien

de hallar amigo leal.

Él fué señor sin igual,

invencible en el ardor,

águila que al resplandor

*del sol se puso tan fuerte,
que no le causó su muerte
la muerte, sino el valor.*

Y aquí termino con esto
haciendo punto final;
en San Felipe el Real
hoy está su cuerpo expuesto:
Comenta el caso funesto
la plebe con diestro ardid:
Dicen que á Valladolid
le llevarán á enterrar.
— ¡Ved en qué vino á parar
quien fué asombro de Madrid!

del sol se puso tan fuerte
 Emulos furor
 y tú, caminando
 quien ciuso tan dura suerte;

Y así termino con esto
 hora más que al material
 en San Felipe el Real
 hoy está su cuerpo expuesto:

Concisa el caso finesto

la plebe con diestro ardor:

bicen que a Valladolíd

le llevarán a enterrar

—Ved en que tipo a pasar
 DEL CONDE DE SALDANA
 quien fue el sombro de Madrid!

Aquí yace quien tan mal

no del saber, y quien

en su vida alcanzó el bien

de hallar amigo leal:

El fue señor sin jenal

invencible en el ardor,

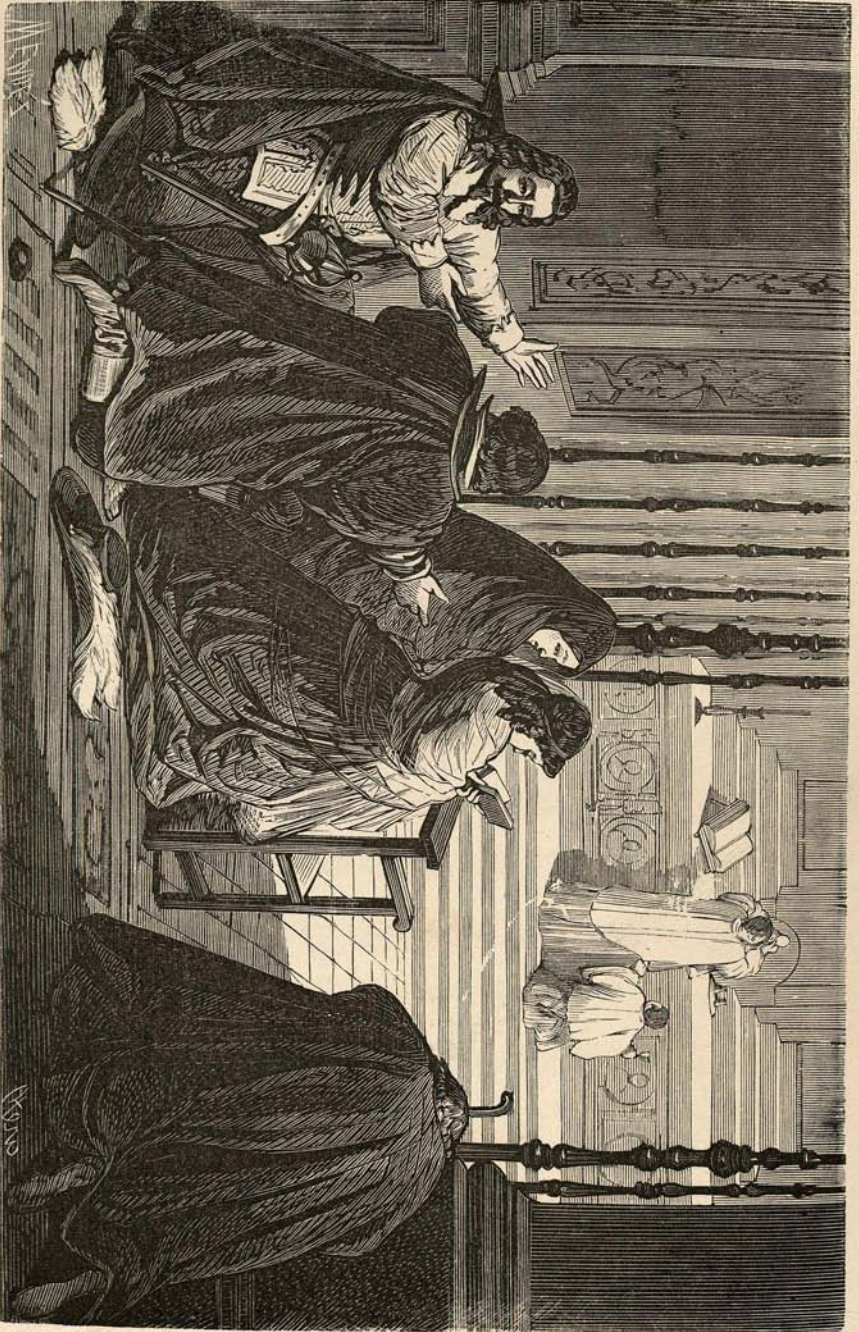
águila que al resplandor

EL ACERO DE MADRID.

1630.

*A la fuente del amor,
no bajas, niña, por agua,
que es almibar para el gusto
y es acibar para el alma.*





EL ACERO DE MADRID.

KONO

EL ACERO DE MADRID.

I.

Mañanas tibias de Mayo,
frescas mañanas de Abril,
tan ansiadas de las niñas
que lustren dan á Madrid;
¿qué fué lo que en otros tiempos
os dió renombre sin fin,
que soñando en disfrutaros
era tan breve el dormir?
¿Qué brisas vivificantes,
qué luz tan viva y sutil,
llenando el espacio entero
de aromas, grana y carmin,

daban más vida á la vida,
mayor matiz al matiz,
á la belleza más gala,
y más brio á lo gentil?
¡Ah!.... yo sé que si pudieran
hoy de sus tumbas salir
los que en tiempos tan bizarros
iban de aquí para allí
ensordeciendo los aires
con su gozo juvenil,
ora recorriendo el Prado,
que era un perpétuo jardín,
ya asombrando al Manzanares
y las huertas de Don Gil;
al ver desiertos los sitios
á que acostumbraban ir,
quizá alguna murmurase
con ademan varonil:
—“Para ver lo que ahora pasa,
mucho mejor es morir.”—
Y á fe que razon tuviera

quien se lamentase así,
porque eran tales mañanas
gloria abreviada en Madrid.
Por el campo de la Tela
era todo ir y venir,
doncellas de quince á veinte,
dueñas, sombras de tapiz,
mancebos de ciento en ciento,
galanes de mil en mil.
Sonaba entre la arboleda,
en incesante bullir,
ya el susurro de las hojas,
ya el vibrante retintin
de una fuente que, entre guijas
y entre ramas de alelí,
derramaba perlas y oro,
y cristales de ámbar gris.
Á un mismo tiempo se oía
el suspirar y el gemir
de una tórtola doliente
ó de un galan Amadís.

Todo eran risas las niñas,
las viejas todo gruñir,
los mancebos todo fuego,
las busconas todo ardid.
De entre los pliegues de un manto
soltaba una niña un sí,
y un galan enamorado
murmuraba—¡Soy feliz! ...
Quizás la dueña, de espaldas
se tornaba esto al oír,
y ahogando un sordo suspiro
entre el oscuro mongil,
murmuraba sordamente,
como quien reza en latín,
—“¡Quién me diera que estas cosas
renacieran para mí?”—
Árboles de la ribera,
decidnos, por San Dionís,
lo que alcanzaban entonces
los galanes de Madrid.
¡Cuánto traje de brocado,